

LA OBSESION DE PIRANDELLO

Para Aurelio Boza Masvidal.

TODA la obra de Luigi Pirandello, el maravilloso artista italiano, revela las inquietudes de un alma profundamente moderna y de un corazón que, como el de San Agustín, sólo pudo haber encontrado la paz en la muerte. Su labor representa uno de los más serios intentos de aproximación al individuo que la literatura contemporánea ha realizado. Con la mente iluminada por la sonrisa de un sabio escepticismo y con el corazón sangrante de piedad —huella sutil de su cristianismo esencial— Luigi Pirandello se ha acercado a las almas de los seres humanos con un afán amoroso de captar todos los gritos dolorosamente sinceros que se han perdido en la soledad y en el silencio. Pocos escritores, desde que Henri Barbusse escribió "El Infierno", han turbado tan hondamente la intimidad del hombre como Pirandello. Describámosle con las mismas palabras que utiliza para realizar la etopeya de uno de los personajes de sus cuentos:

"Gradualmente se había ido formando un concepto de la vida desnudo de todas esas íntimas y casi necesarias hipocresías, de esas espontáneas, inevitables ilusiones que cada uno, sin quererlo, se forja y se crea por una necesidad instintiva, casi de pudor social. Su compañía resultaba ahora insoportable".

Quizás serían también insoportables, para la mayoría de los lectores, las comedias y los cuentos de Pi-

randello, si una ironía tierna y piadosa no acudiera rápidamente a facilitarles la digestión de tanta miseria y de tanto dolor como en ellos expone. De ese modo, la sonrisa interrumpe a menudo el sollozo que ya se había formado en la garganta y el "no os ilusionéis demasiado, pobres hermanos míos" que, como un fatal estribillo, resuena en cada una de sus páginas, se transforma en un purgante saludable que, despojándonos de todas las impurezas de la vanidad, nos hace sentir más fuertes y más bondadosos. Su estilo es, como él mismo lo dijo en cierta ocasión, "un estilo de cosas", es decir, un estilo flexible y nervioso, sobrio y profundo, eternamente sugerente, tras el cual se adivina al hombre refinado y culto, lleno de sensibilidad y de reflexión, capaz de reprimir todas sus pasiones sin pensar jamás en destruirlas.

El sentido dramático que tiene la vida para Luigi Pirandello se halla condensado en las palabras de uno de los "Seis Personajes en Busca de Autor", la más genial de todas sus comedias:

"Para mí, todo el drama consiste en esto: en la convicción que tengo de que cada uno de nosotros cree ser siempre el mismo. Y esto es cierto. Pero hay además en nosotros tal diversidad de sujetos como posibilidades de ser. Somos diversos con uno, ahora; con otro, más tarde. Y, sin embargo, vivimos con la ilusión de que siempre somos el mismo para todos y siempre creemos que este uno "único" es el que se encuentra en todos nuestros actos. ¡Y no es verdad! ¡No es verdad! Bien lo descubrimos cuando, en alguno de nuestros actos, una vergüenza se abate, imprevista, sobre nosotros, y nos sojuzga y martiriza. Entonces es cuando descubrimos que no estábamos por entero en

aquel hecho y que, por lo tanto, sería atroz injusticia condenarnos a eterno deshonor, como si la vida toda estuviese sintetizada en él...”

Ese sentido pirandelliano de la vida es la manifestación de la obsesión que siempre atormentó su mente de hombre ansioso de arrancar a la vida el más fascinador de sus secretos: el de la personalidad humana.

Nihil novum sub sole es expresar que todos los males de la humanidad nacen de la ignorancia o de la incomprensión. Pero sí es nuevo revelar, del modo atrevido cómo a veces lo revela Pirandello, el por qué surge esa incomprensión.

En otro pasaje de la comedia dramática anteriormente citada, cuando el Padre se defiende de la acusación que le lanza la Hijastra de dar una interpretación a su modo de un hecho que unió a ambos en el deshonor y la vergüenza, el hombre le contesta:

—“¡Pero si todo el mal está en eso: en las palabras! En cada uno de nosotros vive un mundo de imágenes diferentes. ¿Cómo es posible que nos entendamos si en mis palabras vibra el sentido y el valor de las cosas que en mí están, en tanto que, quién las escucha, inevitablemente, les da el sentido y el valor que para él tienen, según el mundo de imágenes que vive en él? Creemos entendernos, pero no nos entendemos jamás. ¿Quiére usted una prueba? Pues bien: un acto de piedad, de toda mi piedad hacia esta mujer (indicando a la Madre) ha sido interpretado por ella como la más fiera de las crueldades”.

Y esa es la horrenda tragedia de la vida. El más bello de nuestros actos puede ocasionar un daño incalculable. La más sutil de nuestras frases, la más consoladora quizás para nosotros, pudiera arrebatarnos a otro ser su

razón de existir. Todo el gran drama de nuestras vivencias cotidianas reside ahí. La discusión que sostenemos con los demás, el amor o la amistad que nos unen a otros seres, acaban por convertirse en trágicos juegos de palabras muchas veces. Hasta la suprema sabiduría de un silencio irónico o piadoso puede ser interpretada como estupidez o como indiferencia. Y es que a cada una de las personas que nos rodean corresponde una realidad distinta a la nuestra: una realidad que les ha ido construyendo lentamente su educación, su inteligencia, el ambiente en que se han desenvuelto, su cultura y hasta el mejor o peor funcionamiento de sus nervios y de sus glándulas. Es evidente que esta situación de los seres humanos, que el hombre observador palpa día por día, como todo lo enormemente trágico, tiene, a veces, otro aspecto enormemente cómico. El implacable análisis que Pirandello hace de los hombres y de sus vidas sería cruel si no les ayudara a sonreír con el grotesco reverso que todas sus miserias tienen. De ese modo aplica al cuento y a la novela una técnica análoga a la que Moliere y Goldoni llevaron a la escena, y enseña al hombre a no esperar otra solución a sus problemas que los que pueda darse él mismo. Ya que sólo cada ser humano siente profundamente su propia tragedia, es necesario que él mismo descubra su lado cómico para saber reír con éste antes de que los demás lo hagan con la crueldad inconsciente de quienes no la están viviendo. Solamente así, cuando a él le toque el turno de descubrir el lado grotesco que ofrecen las tragedias de sus semejantes, lo hará con una ironía dulce, grave y piadosa, ahogando la carcajada brutal que surge de la bestia que todos llevamos dentro con la sonrisa exquisita y bondadosa, que es más propia de las almas nobles y de los hombres de buen gusto. Oigamos la pluma burlesca de Pirandello describiendo la tragedia de un alma

pura y sencilla que, incapaz de toda ironía, recibe una lección de la vida misma por haberla tomado tan en serio:

“El profesor Corvara Amidei no supo ir más adelante. Se quitó, casi instintivamente, el sombrero, y se sentó en el suelo; después se tendió.

Desde hacía muchos días, entre una gran desgracia y otra, los prologandos sufrimientos casi le habían cubierto la inteligencia de una corteza de estupidez. Los cuidados afanosos, minuciosos, le habían impedido levantar el espíritu a aquellas consideraciones que en su juventud lo habían atormentado hasta el punto de hacerle perder por un momento la razón y después la fe. Ahora, en ese día de tregua, habiendo logrado entrever cómo se podía verdaderamente sentir la alegría de vivir, tuvo la mala inspiración de procurar volver a penetrar en la espesura de aquellas antiguas consideraciones. Y se preguntó por qué él, que no había hecho, por su voluntad, mal a nadie, había sido tan perseguido por la mala suerte; él, que, por el contrario, había entendido obrar siempre bien: bien, dejando el hábito eclesiástico, cuando su lógica no había estado de acuerdo con la de los doctores de la Iglesia, la que habría debido ser ley para él; bien, casándose para dar el pan a una huérfana, que por fuerza había querido aceptarlo mediante esa condición, mientras él, honradamente y con todo el corazón, había querido ofrecérselo de otro modo... Y ahora, después de la infame traición y de la fuga de esa mujer indigna, que le había destruido la existencia, casi con seguridad le quedaba todavía por sufrir la pena de ver morir, poco a poco, al hijo, al único consuelo en medio de cuanto amargo le había quedado. Pero, ¿por qué? Dios, no: Dios no podía querer ésto. Si Dios existía, debía ser bueno con los

buenos. El lo habría ofendido gravemente creyendo en El. Pero, ¿quién tenía el gobierno del mundo, de esta desgraciadísima vida de los hombres?

Una piña. ¿Cómo? Sí: una gran piña, separándose en ese momento de las ramas, cayó, a modo de fulmínea respuesta, sobre la cabeza del profesor Corvara Amidei".

¡Magnífica pluma pirandelliana que destila gracias, pero se moja en lágrimas! Parece decir, como Spinoza, "no riáis, no lloréis, sed inteligentes". Pero hablar de su pesimismo me parece tan absurdo como afirmar que es un optimista. Un humorista profundo como él nunca es lo uno ni lo otro. Oscar Wilde solía decir que todo optimismo termina en una horrible mueca y que todo pesimismo termina en una sonrisa. Pirandello nunca se ha propuesto demostrarnos que la vida sea buena o mala, hermosa o fea, sino que, pura y sencillamente, la vida, es, ha sido y será una realidad profunda a la que, como al Dios Padre de los teólogos, vamos atribuyendo las cualidades que nacen de nosotros mismos. Porque, fijaos. Mientras el pobre profesor Corvara Amidei comienza a gritar desafortadamente que la piña gobierna al mundo... ¿qué ilusión albergará en su alma la pobre enana que acude en su ayuda cuando, en vez de darle la razón, comienza a chillar: "¡Está loco! ¡Está loco!"

Todo esto me trae el recuerdo de una conversación que una vez sostuve con un amable e inteligente franciscano. Como yo le confesara que durante todos los años que permanecí apartado de toda práctica devota, ese alejamiento mío de la Iglesia no había bastado para destruir mi creencia en Dios y en otra vida, me interrumpió sonriendo: "¿Por qué dice que nunca dejó de creer en Dios? ¡Dios está tan lejos! Diga, más bien, que nunca dejó de creer en Cristo". Aquellas sencillas palabras encerraban una profunda sabiduría. Porque cierto es, como ya dijo San Juan de la Cruz en dulcísimo

mos versos, "que mal de amor sólo se cura con la presencia y la figura". Y nuestra sed de amor, de belleza, de bien y de verdad sólo puede calmarse con la figura adorable del Dios Hijo, del que esparció sus parábolas luminosas por los campos de Judea. El seco deísmo de los racionalistas y de los positivistas siempre acabará a la larga por hacerse sospechoso a toda sensibilidad ardiente. Ese Hijo es el Dios vivo que, en el fondo, todos deseamos. No solamente la Divinidad sino el hombre, creado a su imagen y semejanza, tiene que limitarse "a una presencia y a una figura" para poder existir. Y esa es la profunda lección que nos brinda el Matías Pascal pirandelliano, el hombre que creyó poder abolir, con un cambio de nombre, todo su pasado.

La misma actitud de Pirandello ante la vida en general es la que asume ante cada ser humano en particular. Se limita a decir, a narrarnos cómo viven. Resulta obvio que no siempre es de su agrado la manera cómo se comportan. Pero no cae en la tontería de juzgar malas o absurdas sus situaciones porque a él no le parezcan buenas o lógicas. La eterna estupidez de la moral convencional que reina en la mayoría de los medios burgueses, que tan profundamente conoce Pirandello, es la de dar por inexistente o por innecesario lo que no nos conviene que exista o que suceda porque ello alteraría nuestra placidez o mortificaría nuestra vanidad. La convicción de Pirandello de que el ser humano no se halla nunca íntegramente en cada uno de sus actos le ayuda a mantener su mente serena y reflexiva en medio de las violentas pasiones que a veces describe. Su serenidad viene a ser la misma, en el fondo, que la del católico profundo — "rara avis" con la que probablemente nunca tropezó Pirandello en el mundo moderno — que da por sentado el hecho de que la concupiscencia reside en todos nosotros y que de nuestra voluntad y de las circunstancias depende el saber dominarla

y el que se manifieste con mayor o menor violencia, por lo cual ni sus apariciones lo asombran excesivamente ni logran sumir su alma en la desesperación. Con rápidos y sutiles rasgos trazados por su pluma, Pirandello nos hace comprender cómo no todo es perverso en los personajes viciosos que aparecen en sus obras. Y así el lector inteligente logra comprender que la vil esposa del pobre Corvara Amidei no es más que una infeliz ninfómana y cómo la pasión impide razonar a aquél y ver a ésta bajo un aspecto que justificaría, hasta cierto punto, algunas de sus caídas. Por eso la mata de un modo violento, al sorprenderla hablando con otro hombre desde la ventana después de haberle hablando con otro hombre desde la ventana después de haberle perdonado una infidelidad anterior y de haberle permitido el regreso al hogar para ver al hijo enfermo. La sucesión de ambas escenas —la de la mujer de carne viciosa acudiendo a la cabecera de su hijo en un movimiento legítimo de ternura y de piedad y la del hombre de naturaleza reflexiva y delicada asesinandola de un modo violento— es de un patetismo extraordinario. Son las eternas contradicciones de la naturaleza humana que a veces nos hacen reír, a veces nos llenan de un helado espanto.

Sin embargo, la escena siniestra no es siempre la preferida por Pirandello. Más a menudo utiliza una ironía fina y delicada para disertar sobre las cualidades de los seres humanos que pellizca, sin lastimar demasiado. Un ejemplo delicioso lo brinda su cuento "Respuesta". El asunto es sencillo: una linda huérfana, recogida por un amigo de su padre, ve trocarse el amor que debió ser paternal en otra clase de afecto. Para calmar la indignación que le produce este descubrimiento, expone su bello cuerpo a las caricias de las olas. Sufre un calambre. Un apuesto nadador trata de salvarla, pero hallándose a punto de ahogarse con ella, en

vez del clásico puñetazo, decide darle un mordisco en el cuello. La chica se desmaya y logra entonces conducirla a salvo hasta la orilla. Pero las consecuencias de ese mordisco son infinitas. Toda una vida alterarse por pequeños incidentes como ese. Días después llega a la playa el novio de la muchacha. Esta le pide que la haga suya, para vengarse del terrible viejo que desea ser su marido. Pero su novio la ama demasiado para aprovecharse del estado de indignación, de rencor y de deseo en que halla a la muchacha. Como la tentación es fuerte, huye de la playa... y el robusto nadador del mordisco ocupa su lugar. Terrible, ¿no es cierto? Pirandello escribe su cuento en forma epistolar, fingiendo que el novio burlado le escribe una carta para pedirle su opinión sobre su tragedia. Y entonces le da la respuesta —de ahí el título del cuento— con su característica franqueza. Como es humorista, estima una locura corriente en los seres humanos el considerar que no debió suceder lo que ha sucedido. No echa, pues, la culpa de la tragedia a la muchacha, ni al tutor, ni al novio, ni al nadador del mordisco. Explica a su amigo que está cometiendo un grave error, una gran injusticia, con los crueles reproches que dirige a la joven en su carta. He aquí sus palabras:

“La has sorprendido en una realidad diversa de la que tú le dabas y ahora quieres creer que su verdadera realidad no es esa realidad hermosa que tú le dabas antes, sino esta fea en la que tú, junto con el comendador Ballesi (el viejo protector) la sorprendiste cuando volvía del peñasco con Nicolás Respi (el nadador del mordisco).

¡No, mi amigo, por algo no me has hablado de la naricita respingada de Anita!

Aquella naricita no te pertenecía. Aquella naricita no era de tu Anita. Tuyos eran sus ojos nocturnos, su

corazón apasionado, su refinada inteligencia; pero no aquella naricita atrevida, de alas más bien carnosas.

Aquella naricita se agitaba todavía al recuerdo del mordisco de Nicolás Respi. Aquella naricita quería vengarse de la odiosa imposición del viejo comendador Ballesi. Tú no has querido hacerte cómplice de su venganza y, entonces, el cómplice ha sido Nicolás.

¡Quién sabe cómo lloran aquellos ojos nocturnos y cómo sangra aquel corazón apasionado y cómo se rebela aquella refinada inteligencia: quiero decir todo lo que de ella te pertenece!

¡Ah, créeme, Mario, fué bastante más dulce para ella la ida contigo al peñasco que la vuelta con Nicolás Respi!

Es necesario que te persuadas de ello, y te dispongas a imitar al comendador, el que, verás, perdonará y desposará a la señorita Anita.

Pero no pretendas que ella sea una y toda para tí. Será una y toda para tí muy sinceramente; y otra para el comendador Ballesi, no menos sinceramente. Porque no hay una sola señorita o señora Anita, amigo mío.

No será agradable, pero es así.

Y procura que Nicolás Respi no vaya, mostrando los dientes, a visitar a aquella naricita respingada”.

Según vemos, Pirandello no se coloca jamás ante sus personajes como un juez. Le ha tocado vivir, para su desgracia o para su fortuna, una época mucho más compleja que la de un Dante Alighieri. El se limita a ser un testigo ante la comedia humana que deja presentir al lector su actitud, ora piadosa, ora burlona, pero profundamente emocionada siempre.

¿Cabe imaginar una ironía más viva que la desplegada por Pirandello en ese cuento? La misma obsesión sobre la multiplicidad de la personalidad humana que cantó con acentos tan desgarradores en "Seis Personajes en Busca de Autor" se repite ahora en una forma ligera y graciosa en su cuento "Respuesta". Y es que en la vida todo es trágico y todo es cómico a la vez. El sentido que le arrancamos a los seres vivientes y a las situaciones en que puedan encontrarse llevará siempre el matiz que colorea en ese momento el estado de nuestro espíritu. No debemos dar una importancia excesiva a nuestros actos, a nuestras virtudes y a nuestros vicios, para no perder nunca el valor de sonreír cuando la pñana caiga encima de la cabeza.

GUSTAVO DUPLESSIS.